

LA CIENCIA FICCION COMO FENOMENO CULTURAL

del género, se remonte hasta sus manifestaciones más válidas.

Este carácter didáctico y progresivo de la SF —consecuencia lógica de su permanente estímulo de la imaginación y el sentido crítico— podría contribuir notablemente a la superación de las barreras establecidas entre los distintos niveles y castas culturales.

Otra segregación sociocultural que la SF impugna y tiende a superar por su propia naturaleza fantástico-especulativa, a la vez literaria y científica, es la tradicional dicotomía entre «ciencias» y «letras». La SF es una de las pocas manifestaciones que alude explícitamente al contexto tecnológico en el que se desenvuelve nuestra civilización, a sus peligros y posibilidades, y en este sentido contribuye a despertar en el hombre la consciencia crítica de su entorno, con respecto al cual la mayoría se halla en un auténtico estado de salvajismo.

El interés didáctico de la SF no ha sido del todo ignorado por los medios docentes. Hace ya más de diez años, Arnold instituyó en el MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) una cátedra de «Ingeniería Creativa» de inspiración claramente fantacientífica. Para fomentar en sus alumnos una actitud mental plástica y antirrutinaria, Arnold les proponía problemas y temas de investigación tales como proyectar un vehículo adecuado para desplazarse por la superficie de un planeta con atmósfera de metano y gravedad diez veces superior a la terrestre, diseñar el hábitaculo de una familia de hombres-pájaro, etcétera.

En Estados Unidos existen actualmente unos 200 cursos universitarios de SF, algunos de carácter general y otros altamente especializados, a nivel de seminario, sobre temas tales como la literatura utópica, SF y marxismo, etcétera; y las bibliotecas de las principales Universidades poseen importantes colecciones de libros del género (la sección de SF de la Universidad de California, por ejemplo, consta de más de siete mil volúmenes).

El carácter a la vez especulativo y fantasioso, a la vez científico y poético de la buena SF hace de ella un instrumento didáctico de primer orden, no sólo a nivel universitario, sino también de Enseñanza Media.

Si admitimos que la función básica de la enseñanza no es suministrar «recetas» e interminables listas de nombres a aprender de memoria, sino enseñar a pensar, habremos de reconocer el interés didáctico de una narrativa que estimula la imaginación, la actitud especulativa y el sentido crítico. Y que es muy divertida. ■ C. F.

—¡Eh, con cuidado! —gritó Cookling a los marineros. Estaban con el agua por la cintura y, después de haber manipulado un pequeño cajón de madera, intentaban arrastrarlo por la borda de la barca. Era el último cajón de los diez que el ingeniero había hecho transportar a la isla.

—¡Qué calor, esto es un infierno! —se quejó Cookling, secándose el rollizo cuello con un pañuelo de colores. Luego se quitó la camisa, empapada de sudor, y la echó en la arena.

—Desnúdese, Bad —me dijo—. Aquí no va a verle nadie. Miré con tristeza la ágil goleta que se mecía lentamente en las olas, a una milla de la costa, y que debía regresar por nosotros veinte días después.

—¿Para qué diablos nos hemos metido con sus máquinas en este infierno? —le dije a Cookling mientras me desnudaba—. Con este sol, mañana podremos liar cigarrillos con nuestra piel.

—No importa. Y el sol nos hace mucha falta. Fíjese, es mediodía justo y lo tenemos vertical sobre la cabeza.

—Como en todos los puntos del ecuador y según lo describen todos los libros —gruñí sin quitar ojo de la goleta, la «Paloma».

Los marineros se acercaron y se detuvieron, silenciosos, ante el ingeniero, que, sin prisa, se hurgó en un bolsillo del pantalón y sacó un fajo de billetes.

—¿Está bien así? —preguntó después de alargarles unos cuantos, y uno de los hombres asintió con la cabeza.

—Pues entonces pueden volver al barco. Recuérdense al capitán Gale que le esperamos de aquí a veinte días.

—Manos a la obra, Bad —se me dirigió en seguida—. Estoy deseando empezar.

Yo le miré a los ojos fijamente.

—Hablando en plata, Cookling, no sé a qué hemos venido aquí. Quizá allá en el Almirantazgo tuviera usted algunos reparos en decirme todo. Pero creo que ahora lo puede hacer.

Cookling hizo una mueca y mantuvo la mirada en el suelo:

—Claro que puedo. Y allí, de tener tiempo, también se lo habría dicho.

Presenté que mentía, pero callé, mientras él se frotaba con la gruesa palma de la mano el cuello rojo-púrpura. Sabía que, cuando iba a mentir, siempre hacía eso. Y ahora lo confirmaba.

—Mire, Bad, se trata de un experimento divertido para comprobar la teoría de ese sabio inglés... caramba, no me acuerdo... ¡ah, sí, Charles Darwin!

Me acerqué a él hasta rozarle y le puse una mano en el hombro.

—Oiga, Cookling, no me va a tomar tan por idiota que no sepa quién es Darwin. Déjese de historias y dígame claramente para qué hemos desembarcado en este ardiente arenal solitario, en medio del océano. Y, por favor, déjeme de Darwin.

Cookling se echó a reír, enseñando sus dientes postizos. Se separó unos pasos y dijo:

—A pesar de todo es un estúpido, Bad. Ya que, precisamente, vamos a comprobar aquí la teoría de Darwin.

—¿Y para eso se trae diez cajones llenos de hierro? —me acerqué nuevamente, sintiendo que detestaba a ese gordinflón, brillante de sudor.

—Sí —su risa se detuvo—. Y, por lo que toca a sus obligaciones, ya está usted abriendo el cajón número uno y sacando la tienda, el agua, las conservas y cuanto necesitamos para abrir los otros cajones.

Me hablaba como en el polígono militar, cuando me lo presentaron. Entonces él iba de uniforme y yo también.

—De acuerdo —murmuré entre dientes, y me acerqué al cajón número 1.

Allí mismo, a la orilla, y en dos horas, levantamos la tienda de campaña y guardamos en ella pala, barra, martillo, cortafío, destornilladores y otras herramientas, así como cien latas de conservas surtidas y los recipientes de agua dulce.

Pese a ser mi jefe, Cookling trabajaba como un buey; desde luego, estaba impaciente por empezar. Ni nos dimos cuenta de cómo levaba anclas la «Paloma» y se perdía en el horizonte.

LOS CANGREJOS CORREN POR LA ISLA

RELATO DE
ANATOLI DNEPROV

Dneprov es uno de los autores soviéticos de ciencia-ficción más representativos, y el relato que publicamos aquí es uno de los más logrados en el género. Hemos querido incluir una muestra de la fantaciencia soviética, ya que es la URSS uno de los países que más consumen esta literatura.

Después de cenar la emprendimos con el cajón número 2. En él había un carrito común de dos ruedas, como las de equipajes en las estaciones. Cookling me detuvo cuando me acercaba al tercer cajón:

—Veamos primero el mapa —dijo—. El resto de la carga hay que distribuirlo en sitios distintos. Es indispensable —añadió al mirarle yo con asombro.

La isla era circular, como un plato boca abajo, con una pequeña bahía al Norte, justo donde desembarcamos. La festoneaba una playa de arena de unos cincuenta metros de ancho, y después de la franja arenosa se elevaba una meseta de poca altura, con matorrales débiles y resecos por el calor. El diámetro de la isla no pasaba de tres kilómetros. En el mapa de Cookling vi unas señales a lápiz rojo, algunas en la playa y otras en el interior.

—Aquí llevaremos lo que vamos a sacar ahora.

—¿Instrumentos de medición?

Y Cookling mostró una vez más su desesperante costumbre de reírse cuando alguien ignoraba lo que él sabía.

El tercer cajón pesaba enormemente. Imaginé que contenía una maciza máquina o compleja herramienta, así que, al saltar las primeras tablas, me faltó poco para gritar de sorpresa, porque allí no había más que simples planchas y barras metálicas de distintas dimensiones y formas.

—¿Es que vamos ahora a jugar al rompecabezas? —dije sacando los pesados lingotes, paralelepípedos, cubos, esferas, círculos.

Todos los cajones que quedaban, menos el último, contenían lo mismo: piezas metálicas. Eran grises, rojas y plateadas, es decir, y como entendí en seguida, de hierro, cobre y cinc. Del último cajón, me dijo Cookling:

—Este, cuando hayamos distribuido todo lo demás por la isla.

Tal operación nos llevó los tres días siguientes. Apilábamos las piezas en pequeños montones sobre la arena, y otros los enterrábamos; ciertos montones tenían piezas metálicas variadas, y otros, de una sola clase. Al fin nos acercamos al cajón número 10, mucho más ligero y pequeño que los otros.

—Abra, pero con cuidado —me ordenó Cookling.

Entre serrín prensado y envuelto en un paquete de fieltro y papel cera, un rarísimo aparato surgió ante nuestros ojos. A primera vista parecía un gran juguete metálico para niños, semejante a un cangrejo de mar. Pero no se trataba de un cangrejo corriente, ya que, además de las seis patas articuladas, llevaba delante dos pares de finos tentáculos, cuyos extremos aparecían sumidos en el entreabierto «hocico» del feo animal. En una concavidad de su lomo brillaba un espejillo parabólico de metal pulido, con un cristal rojo oscuro en el centro, y, para mayor diferencia con el cangrejo común, este metálico tenía dos pares de ojos, delantero y trasero, en vez de uno. Lo contemplé durante largo rato.

—¿Le gusta? —me preguntó al fin Cookling.

—Parece que no hemos venido aquí más que a juegos de niños —le respondí encogiéndome de hombros.

—Pero este es un juego peligroso —dijo Cookling dándose importancia—. Ahora lo va a ver. Levántelo y póngalo en la arena.

El bicho metálico no pesaría más de tres kilos y se mantuvo en la arena con bastante estabilidad.

—¿Bueno, y qué? —pregunté irónicamente al ingeniero.

—Esperemos un poco a que se caliente.

Así que nos sentamos en la arena, sin quitar la vista del pequeño monstruo metálico. Al cabo de dos minutos vi que el espejito de su lomo giraba lentamente hacia el sol.

—¡Oh, parece que se anima! —dije, y me levanté.

Al incorporarme, mi sombra cayó casualmente en el mecanismo, y el cangrejo, de pronto, movió sus patas y salió otra vez al sol. Di un gran brinco.

—¡Vaya con el juguete! —rió a carcajadas Cookling—. ¿Qué, le impresiona?

—¡Por amor de Dios, Cookling! —grité casi, secándome el sudor de la frente—. ¿qué estamos haciendo aquí, a qué hemos venido?

—A comprobar la teoría de Darwin.

—Pero si es una teoría biológica, de la selección natural, de la evolución, etcétera —musité.

—Justamente. A propósito, mire, nuestro héroe va a beber agua.

Yo estaba anonadado. El cangrejo metálico se acercó a la orilla y absorbió agua dejando caer en ella una pequeña trompa. Una vez harto, regresó al sol y permaneció inmóvil. Sentí una mezcla de repugnancia y miedo, y por un momento pensé que el torpe cangrejo me recordaba en cierto modo al propio Cookling. Después de un silencio, pregunté al ingeniero:

—¿Lo ha inventado usted?

—Ajá —casi mugió asintiendo, y se tumbó en la arena.

Yo también me eché y clavé la vista en la extraña maquinaria, ahora inanimada. Me arrastré de bruces para observarla a mi sabor. Su dorso era la superficie de un semicírculo de bases planas, en cada una de las cuales dos agujeros recordaban remotamente unos ojos, y cuya impresión venía acentuada por el brillo de unos cristales que había en el interior del cuerpo, rematado por una plataforma plana: la panza. Un poco más arriba de su nivel salían los tres pares grandes y los dos pequeños de tentáculos y pinzas. Por dentro no era posible verlo. Y entonces intenté comprender por qué el Almirantazgo le concedía tanta importancia, hasta el punto de destinar una nave para su traslado a esa isla.

Permanecimos echados en la arena hasta que el sol bajó tanto que la sombra de los distantes arbustos llegó a tocar el cangrejo metálico. Apenas sucedió esto, el cangrejo se movió ligeramente y se puso de nuevo al sol. Pero la sombra le alcanzó también

→

allí, y el bicho entonces se arrastró a lo largo de la costa, acercándose al agua, que aún seguía soleada. Parecía que el calor de los rayos solares le era imprescindible.

Nos levantamos y, lentamente, fuimos tras el mecanismo hasta dar toda la vuelta a la isla e ir a parar a su lado Oeste. Allí, junto a la orilla, había un montón de barras metálicas, y cuando el cangrejo estaba a unos diez metros de él, de golpe y olvidándose del sol, corrió precipitadamente hacia el metal y se mantuvo inmóvil junto a una de las barras de cobre.

—Vámonos a la tienda —me dijo Cookling—. Lo bueno va a ser mañana por la mañana.

Bajo la lona, cenamos en silencio y luego nos envolvimos en sendas y ligeras mantas de franela. Creo que Cookling agradecía que yo no le hiciera nuevas preguntas. Antes de dormirme le oí volverse a un lado y otro, y, a veces, reír. El sabía algo que nadie más conocía.

Al día siguiente, muy de mañana, fui a bañarme. El agua estaba tibia y nadé largo rato en el mar, contemplando cómo se encendía la aurora sobre la llanura de agua. Al volver a la tienda vi que el Ingeniero militar ya no estaba allí. «Se habrá ido a ver a su monstruo mecánico», pensé, y abrí una lata de piña.

A los primeros bocados oí a lo lejos, débil al principio y luego cada vez más potente, la voz del ingeniero.

—¡Teniente, venga acá, de prisa! ¡Ya ha empezado! ¡Corra!

Salí de la tienda y le vi entre los arbustos agitando las manos.

—¡Vamos, rápido! —y resollaba como una locomotora.

—¿Adónde, Ingeniero?

—Donde dejamos ayer a nuestro amigo.

El sol estaba ya bastante alto cuando llegamos a aquel montón de barras metálicas. Resplandecían vivamente, y al principio nada pude ver. Sólo a dos pasos percibí como unos hilillos de humo azulado, que se levantaban, y después... Me detuve, helado. Me restregué los ojos, pero la visión no desapareció: junto al montón había dos cangrejos idénticos al que sacáramos del cajón el día anterior.

—¿Quizá no vimos al otro entre la chatarra?

Cookling reía y se frotaba las manos:

—¡No! ¡Ha nacido! ¡Ha nacido esta noche!

Me mordí el labio inferior y me acerqué a los cangrejos, de cuyos lomos se elevaban aquellos hilillos de humo. Apenas si podía dar fe a mis ojos: ¡estaban trabajando intensamente! Así como lo digo, **trabajando**, escogiendo el material con rápidos tanteos de sus finos tentáculos anteriores, que creaban al tocarlo un arco voltaico, como en la soldadura eléctrica, y fundiendo los trozos de metal. Luego se metían el metal en sus anchas bocas. En el interior de los bichos metálicos ronroneaba algo; de cuando en cuando, un haz de chispas salía crepitando de sus fauces y, a continuación, el segundo par de tentáculos sacaba de su interior las piezas ya elaboradas. Estas piezas, en determinado orden, se montaban en la pequeña plataforma que iba saliendo poco a poco de debajo del cangrejo. En la de uno de ellos ya estaba casi montada la copia acabada de un tercer cangrejo, mientras que en la del segundo apenas comenzaban a perfilarse las formas del mecanismo.

—¿Esos bichos fabrican otros iguales? —pregunté estupefacto.

—Exactamente. Es su única misión.

—Pero, ¿es posible? —dije, no entendiendo ya nada.

—¿Por qué no? Cualquier máquina-herramienta, por ejemplo, el torno, puede elaborar las piezas para otro torno igual que él. Aplicando este principio, pensé en una máquina-autómata que pueda reconstruirse desde el principio hasta el final. El modelo de esa máquina es mi cangrejo.

Me quedé pensativo, procurando asimilar cuanto oía y veía. En ese momento se abrieron las fauces del primer cangrejo y una ancha cinta metálica se deslizó desde ellas. Esta cinta envolvió todo el mecanismo montado en la plataforma, formando así el lomo del tercer autómatas. A continuación, las veloces patas anteriores soldaron las paredes anterior y posterior con sus ori-

ficios: el nuevo cangrejo ya estaba listo. En una oquedad de su lomo brillaba, como el de sus hermanos, el espejo metálico con el cristal rojo.

El cangrejo productor retiró su plataforma bajo la panza, y su «hijo» se sostuvo de patas en la arena; noté que su espejo dorsal empezaba a girar lentamente en busca del sol. Algo después, el nuevo cangrejo se fue a la orilla y absorbió agua. Luego se puso al sol, inmóvil, a calentarse. Yo creí estar soñando.

—Ya está listo el cuarto —dijo Cookling.

Así era. Había «nacido» el cuarto cangrejo, y mientras los dos primeros seguían en su trabajo, repitiendo lo que ya hicieron, el nuevo fue a la orilla a beber agua.

—¿Por qué beben? —pregunté.

—Para cargar de electrólito el acumulador. Mientras alumbra el sol, su energía se transforma en electricidad mediante el espejo dorsal y la batería de silicio. Con esa energía basta para el trabajo del día y para cargar el acumulador que alimentará al autómatas durante la noche.

—Es decir, ¿trabajan día y noche?

—Sí, y sin descansar.

El tercer cangrejo se arrastró también hasta el montón metálico y se unió al trabajo, mientras el cuarto se cargaba de energía solar.

—Pero si en estos montones no hay material para las baterías de silicio —objeté, comprendiendo ya casi del todo la tecnología de esta monstruosa autoproducción de mecanismos.

—Ni falta que hace. Eso está aquí —dijo Cookling, despidiendo pesadamente con el pie un poco de arena—. La arena no es más que un compuesto de silicio, y en el interior del cangrejo, por acción del arco eléctrico, se obtiene el silicio depurado.

Cuando volvimos por la tarde a la tienda de campaña, en el montón de metal trabajaban ya seis autómatas y dos nuevos se calentaban al sol.

—¿Y para qué todo esto? —pregunté a Cookling durante la cena.

—Para la guerra. Una terrible arma de sabotaje —me dijo sincerándose.

—Explíquese, ingeniero.

Cookling terminó de engullir su estofado y, sin prisas, me aclaró:

—Imagínese qué ocurriría si estos aparatos se dejan furtivamente en territorio enemigo.

Dejé de masticar.

—¿Sabe usted lo que es progresión? —siguió Cookling.

—Bueno...

—Empezamos ayer con un cangrejo, y ahora ya hay ocho. Mañana habrá sesenta y cuatro. Pasado, quinientos doce. Y así sucesivamente. De aquí a diez días habría más de diez millones. Pero para ello harían falta unas treinta mil toneladas de metal.

—Sí, pero...

—En muy poco tiempo, estos cangrejos pueden **comerse** todo el metal del enemigo, todos sus tanques, cañones, aviones. Todas sus máquinas-herramientas, instalaciones, mecanismos. Después de un mes no quedaría ni un gramo de metal en toda la esfera terrestre, ya que todo sería invertido por estos ingenios en su autoproducción. Y no olvide que, en la guerra, el metal es el material más importante.

Entendí entonces de lleno el interés del Almirantazgo.

—Pero este es sólo el primer modelo —continuó Cookling—. Quiero aún simplificarlo mucho y acelerar el proceso de producción, hacerlo, por lo menos, dos o tres veces más rápido. Darles mayor estabilidad y movilidad. Elevar la sensibilidad de los localizadores de metal. Así, mis autómatas serán en guerra peor que una peste. Aspiro a que el enemigo pierda todo su potencial metálico en unos días.

—Pero cuando lo hayan hecho, ¿se arrastrarán hasta su territorio propio!

—Esa es otra cuestión. Su trabajo puede codificarse y, conociendo la clave, detenerse en cuanto aparezcan donde no

convengan. Pero eso también puede ser útil para trasladar a nuestro territorio todas las reservas de metal del enemigo.

Aquella noche tuvo unas pesadillas horribles. Miríadas de cangrejos artificiales avanzaban arrastrándose hacia mí, entre un estruendo de tentáculos y con delgadas columnas de humo azul elevándose de sus cuerpos...

Al cabo de cuatro días, los autómatas del ingeniero Cookling poblaban toda la isla y, de atender a sus cálculos, había más de cuatro mil.

Sus cuerpos, relucientes al sol, se veían por doquier, y cuando se acababa el metal de un montón, empezaban a rebuscar por la isla y hallaban nuevos depósitos. Al quinto día, ante la puesta de sol, fui testigo de una escena horrorosa: dos cangrejos riñeron por un trozo de cinc.

Fue en la parte Sur de la isla, donde habíamos enterrado ese metal. Los cangrejos, que trabajaban en distintos lugares, acudían allí periódicamente para elaborar la pieza de cinc necesaria, y ocurrió que coincidieron unos veinte en el depósito de cinc. Se organizó un auténtico tumulto. Los mecanismos se molestaban mutuamente, destacando de entre todos un cangrejo más ágil que los otros y, según me pareció, más arrogante y fuerte.

Empujando a sus hermanos y arrastrándose sobre ellos intentaba rescatar un trozo de metal del hoyo y, cuando ya había alcanzado su objetivo, otro cangrejo se aferró al mismo trozo con sus pinzas. Cada cual tiraba de él para su lado y el más ágil le arrancó al fin la presa a su oponente; éste, sin embargo, no se resignó a perder el trofeo y, corriendo tras el otro, se le sentó encima y le introdujo sus tentáculos en la boca.

Se enredaron así los tentáculos del primer autómata y el segundo, que con fuerza increíble comenzaron a destrozarse.

Ningún mecanismo de alrededor prestó atención a ello. Sin embargo, entre aquellos dos se libró una lucha a muerte. Vi que el cangrejo de encima caía de espaldas y que su plataforma de hierro se deslizaba hacia abajo dejando las entrañas al descubierto. En este momento su enemigo empezó a aserrarle el cuerpo con el arco eléctrico. Cuando la víctima quedó dividida, el vencedor empezó a arrancarle palancas, piñones, conductores, y a engullirlos rápidamente. Y a medida que las piezas así conseguidas iban a parar al interior del vencedor, su plataforma se adelantaba velozmente, realizándose en ella el febril montaje de un nuevo mecanismo.

Le conté a Cookling todo lo que había visto, y él se limitó a soltar su risita.

—Justamente lo que hace falta —dijo.

—¿Para qué?

—Ya le he dicho que quiero perfeccionar mis autómatas.

—Bien, ¿y qué? Rehágalos según los planos. ¿A qué esta guerra civil? Así van a destruirse unos a otros.

—¡Exacto! Y sobrevivirán los más perfectos.

Lo pensé un poco y añadí:

—¿Qué quiere decir con eso, si todos son iguales? Según tengo entendido, se reproducen a sí mismos.

—Piensa seguramente —explicó Cookling— que se elabora una copia absolutamente igual al original. Pero ya deberá haber oído que, incluso en la producción de bolas para los cojinetes, no se pueden hacer dos bolas absolutamente iguales. Sin embargo, en ese caso aún puede conseguirse. Aquí, el autómata productor posee un sistema comparador, en el que compara con su construcción la copia que debe hacer. ¿Se figura qué puede resultar si cada copia sucesiva se elabora según la anterior y no según el original? Al fin, debe producirse un mecanismo distinto del original.

—Pero si no se parece al original, no cumplirá su papel principal, el de reproducirse —argumenté.

—¿Y qué? De sus restos, otro autómata hará copias más perfeccionadas. Precisamente aquellas en que, de modo totalmente casual, se acumulen los detalles que las hagan más

vitales. Ejemplares más eficaces, rápidos y simples. Ahí tiene usted por qué no pienso romperme la cabeza con los planos. Sólo debo esperar a que los autómatas consuman todo el metal y empiecen la guerra entre ellos mutuamente tragándose y reproduciéndose. Así surgirán los modelos que me hacen falta.

Aquella noche estuve largo rato sentada en la arena, ante la tienda, mirando al mar y fumando. ¿Era posible que el hombre con quien convivía hubiese cometido una empresa de consecuencias realmente graves para la Humanidad, que en aquella isluca perdida en el océano estuviéramos cultivando un terrible azote, capaz de consumir todo el metal del globo?

Mientras pensaba en ello, cruzaron junto a mí varios bichos mecánicos. Marchaban sin cesar de trabajar, haciendo chirriar sus mecanismos infatigablemente. Uno de ellos me tropezó y, asqueado, le dí un puntapié que lo dejó panza arriba. Casi simultáneamente otros dos cangrejos se lanzaron sobre él y en la oscuridad relucieron cegadoras chispas. Lo cortaban eléctricamente en trozos. No pude más. Salté a la tienda y tomé una fuerte barra. Cookling roncaba ya. Me acerqué cautelosamente al grupo de cangrejos y descargué sobre uno la barra con todas mis fuerzas. No sé por qué imaginé que mi acción espantaría a los demás. Pero no ocurrió nada de eso. Sobre el cangrejo deshecho por mí se lanzaron otros y de nuevo centellearon las chispas.

Aún repartí unos cuantos golpes, que sólo consiguieron aumentar la cantidad de chispazos. Del interior de la isla acudieron otros bichos, y uno de ellos, aun en la oscuridad, me pareció especialmente grande. Lo hice mi blanco. Pero cuando lo alcancé de lleno en el lomo, di un grito: había recibido una descarga eléctrica a través de la barra. Ignoro por qué, el cuerpo de ese bicho tenía un potencial eléctrico superior. «Una nueva protección originada por la evolución», pensé.

Temblando, me aproximé al ruidoso grupo de autómatas para recuperar mi barra. ¡Sí, sí! En la sombra, irregularmente iluminada por los arcos eléctricos, vi cómo cortaban la barra en pedazos, y el más aplicado en ello era el cangrejo más grande, aquel al que quise destruir.

Regresé a la tienda y me eché en la cama, cayendo en un pesado sueño. Pero no duró mucho. Tuve un despertar repentino y sentí que por mi cuerpo se arrastraba algo frío y pesado. Me incorporé de un salto y el cangrejo que tenía encima desapareció dentro de la tienda. Segundos después vi alzarse una deslumbrante chispa eléctrica. El condenado autómata había llegado hasta nosotros en busca de metal, y con su electrodo estaba cortando una lata de agua dulce. Sacudiendo a Cookling lo desperté y le conté nerviosamente el caso.

—¡Todas las latas al mar! —ordenó—. ¡Y las provisiones y el agua!

Lo llevamos todo a la playa y lo colocamos en un fondo arenoso donde el agua nos llegaba por la cintura. Dejamos allí también todos los instrumentos. Empapados, sin fuerzas, sin dormir, estuvimos hasta el amanecer sentados en la orilla. Cookling resollaba agotado, y me alegré de que le estuvieran tocando las consecuencias de su empresa; en aquel momento lo aborrecía y le deseaba un castigo mayor.

No recuerdo cuánto tiempo llevábamos en la isla, cuando, un día radiante, Cookling me anunció con solemnidad:

—Ahora sí que empieza lo bueno. Todo el metal se ha consumido.

En efecto, recorrimos todos los depósitos de material metálico y no quedaba nada. A lo largo de la costa o entre los matorrales se veían los hoyos vacíos. Todo cubo, barra o lingote se había convertido en mecanismos que corrían en gran número de un lado a otro de la isla. Sus movimientos eran ahora impetuosos; los acumuladores estaban recargados y no se gastaba energía en trabajo. Estúpidamente, los cangrejos corrían buscando más metal, se arrastraban entre los arbustos del interior, chocaban entre sí y, frecuentemente, con nosotros.

→

—Bueno, pues ya es hora de que empiecen a luchar —dijo Cookling.

—¿Lo dice en serio?

—Claro. No hay más que darles a probar un trozo de cobalto. Están ideados de manera que una cantidad insignificante de cobalto que introduzcamos en algunos aplasta el respeto mutuo, por así decir.

A la mañana siguiente nos dirigimos a nuestro almacén submarino y sacamos la correspondiente ración de conservas y agua, y cuatro grises y pesadas barras de cobalto, especialmente reservadas por el ingeniero para la fase decisiva del experimento.

Cuando Cookling volvió a la playa llevando en alto las barras, varios cangrejos lo rodearon inmediatamente. No pasaban el límite de la sombra del ingeniero, pero se notaba que la aparición del nuevo metal los había inquietado. Ante mi asombro, algunos hasta intentaban torpemente saltar.

—¡Vea qué variedad de movimientos y cómo no se parecen entre sí! En esta guerra civil a que los vamos a mover, sólo sobrevivirán los más fuertes y aptos. Los que producirán generaciones más y más perfectas.

Y, con estas palabras, Cookling lanzó uno tras otro los trozos de cobalto hacia los arbustos.

Cuanto siguió sé que no puedo describirlo bien. Sobre las barras cayeron simultáneamente varios autómatas y, empujándose, empezaron a cortarlas eléctricamente. Otros se amontonaban en vano detrás de ellos, intentando atrapar un trozo, o se encaramaban sobre sus compañeros para llegar al centro.

—¡Mire, ahí tenemos la primera batalla! —aplaudió alegremente el ingeniero.

En pocos minutos el lugar se convirtió en teatro de una guerra de pesadilla, hacia la que acudían corriendo más y más autómatas. Y a medida que los despojos de mecanismos y cobalto eran tragados por nuevas y nuevas máquinas, éstas se transformaban en salvajes e intrépidas fieras que se arrojaban en seguida sobre sus «parientes». En un primer momento, los atacantes fueron los que habían probado el cobalto y que luego destrozaban a sus compañeros empeñados en probarlo también. Pero, según engullían cobalto más y más cangrejos, la batalla crecía en ferocidad y ya tomaban parte en ella los «recién nacidos» de la misma reyerta...

Se trataba, en efecto, de una nueva y asombrosa generación. De menor tamaño, poseían una velocidad colosal y me sorprendió que no necesitasen cargar el acumulador. Les bastaba con la energía solar captada por los espejos dorsales, y poseían una acometividad enorme, agrediendo a un tiempo a varios cangrejos y cortando a dos o tres a la vez.

—¡Muy bien! ¡Y ya me figuro lo que vendrá detrás! —se frotaba las manos Cookling, expresando una satisfacción sin límites. Por lo que a mí se refiere, contemplaba la lucha con tanta repulsión como espanto. ¿Qué sería lo que podía «venir detrás»?

A mediodía, las playas próximas a nuestra base se habían convertido en escenario de una contienda nutrida por autómatas de toda la isla. Era una guerra sin gritos ni gemidos, sin estampidos y estruendos. Sólo el chisporroteo de los electrodos y el zumbido y chirrido de los cuerpos metálicos orquestaban la descomunal matanza.

Una nueva generación estaba apareciendo. Sus ejemplares superaban considerablemente a todos los demás en cuanto a dimensiones y sus movimientos eran lentos. Pero se notaba en ellos una gran fuerza, y se defendían con éxito de los autómatas enanos.

Cuando el sol empezó a caer, en los movimientos de los mecanismos pequeños se inició de repente un brusco cambio; todos ellos se agruparon en el lado Oeste de la isla y comenzaron a moverse más lentamente.

—¡Diablos, éstos están sentenciados! —dijo Cookling con voz ronca—. ¡Se han quedado sin acumuladores! En cuanto se eche el sol, caerán.

Así fue. Apenas la sombra de los arbustos se alargó lo suficiente para cubrir la multitud de los pequeños, éstos se quedaron inertes. Ya no era un ejército de pequeños rapiñadores agresivos, sino un enorme almacén de trastos.

Sin prisa, se les acercaron los enormes cangrejos, ya de más de medio metro de altura, y comenzaron a tragárselos. Y en las plataformas de los gigantes empezaban a vislumbrar los contornos de una generación de dimensiones aún mayores.

Cookling frunció el ceño. Era evidente que esa fase de la evolución no entraba en sus planes. Lentos cangrejos autómatas de gran tamaño eran un arma muy deficiente para sabotaje en las retaguardias enemigas.

Mientras los cangrejos gigantes eliminaban a la pequeña generación, en la playa se restableció la tranquilidad. Estábamos agotados y nos quedamos en el lado oeste. Me dormí casi al momento de tumbarme en la blanda y caliente arena.

A media noche me despertó un grito escalofriante. Me erguí de un salto y sólo vi la franja gris de la playa y el mar cosido a un cielo negro, sembrado de estrellas.

El grito, algo más débil, se repitió hacia los matorrales. Sólo entonces advertí que Cookling no estaba a mi lado. Apreté a correr hacia donde creía haber oído su voz. El mar estaba tan sereno como siempre. Sin embargo, me pareció algo agitado por la parte de nuestro almacén submarino, donde oí chapuzones y chapoteos.

—¿Qué hace ahí, ingeniero? —grité acercándome.

—¡Estoy aquí! —y su voz, inesperadamente, venía de la derecha—. ¡Aquí, con el agua hasta el cuello! ¡Venga!

Al entrar en el agua tropecé con algo duro: un enorme cangrejo que se había adentrado bastante y estaba de pie sobre sus largas patas.

—¿Qué hace ahí tan adentro? —pregunté de nuevo.

—Me perseguían y me han acorralado hasta aquí.

—¿Los cangrejos? ¡No puede ser! ¡Pero si a mí no me persiguen!

Nuevamente tropecé en el agua con otro autómata; lo esquivé con un pequeño rodeo y llegué junto al ingeniero.

—Dígame qué ha pasado.

—Ni yo lo entiendo —murmuró con el agua al cuello y la voz temblorosa—. Uno de los autómatas me atacó por sorpresa mientras dormía. Creí que había sido algo casual y me aparté, pero se me echó encima otra vez, tocándome la cara con sus pinzas... Entonces me levanté y me eché a un lado. Y él, detrás. Eché a correr. ¡Y el cangrejo detrás! Y se le unieron otro, y otro. ¡Todo un pelotón! Los que me han acorralado aquí.

—Qué raro —dije—. En todo caso, y si como resultado de la evolución les hubiera dado por atacar al hombre, tampoco me perdonarían a mí.

—No sé —gimió Cookling—. Pero me da miedo salir a la orilla.

—Tonterías —le dije tomándole del brazo—. Vamos hacia el Oeste, paralelos a la playa. Yo le defenderé.

—¿Y cómo?

—Nos llegamos ahí a nuestro almacén y agarro algo pesado. Por ejemplo, un martillo.

—¡Pero que no sea metálico! Mejor una tabla o un palo.

Nos deslizamos lentamente a lo largo y, al llegar al almacén, dejé al ingeniero solo y me aproximé a la orilla. Se oía un gran chapoteo y el conocido crujir de los mecanismos. Los cangrejos metálicos habían triturado las latas de conservas y descubierto nuestra intendencia submarina.

—¡Mala cosa, Cookling! —voceé—. ¡Nos han dejado sin conservas!

—¿Sí? —me respondió lastimeramente—. ¿Y qué haremos ahora?

—Eso es cosa suya. ¿No ha sacado el arma que le gustaba? Pues ahora deshaga el lío.

Di un rodeo y salí a la playa. Palpando la arena en la oscuridad, y arrastrándome entre los cangrejos, fui recogiendo tro-

zos de carne y de fruta en conserva, manzanas y otros víveres, y los llevé a la meseta arenosa. Por el estropicio que veía, los autómatas habían trabajado a más y mejor mientras dormíamos. No había ni una lata entera. Cookling, en tanto, seguía con el agua hasta el cuello y yo, ocupadísimo en apurar la retirada de los restos, ni me acordaba de él.

—¡Dios mío, Bad, ayúdeme, se me acercan! gritó de pronto.

Salté al agua y, tropezando con los monstruos metálicos, fui hacia Cookling y hasta un cangrejo al que ya tenía muy cerca y que de mí no hizo el menor caso.

—¡Qué extraño!, ¿por qué le odian tanto a usted, su padre como quien dice?

—No lo sé —balbució el ingeniero—. Pero haga algo, Bad, para quitármelos de encima. Si se me viene otro más alto que éste, estoy perdido...

—Vaya con su evolución... Pero dígame, ¿por dónde les puedo entrar mejor? ¿Cómo averiarlos o cargárselos?

—Antes había que romperles el espejo o sacarles el acumulador. Ahora, yo qué sé... Tendría que hacer una investigación especial y nueva...

Renegué entre dientes y agarré el largo y delgado tentáculo del cangrejo que estaba extendido hacia la cara del ingeniero. El autómata retrocedió. Le tomé también el segundo tentáculo y le doble ambos, cosa que se conseguía fácilmente, porque eran como cablecillos de cobre. Noté claramente que al bicho no le agradó la operación y empezó lentamente a salir del agua. Nosotros seguimos a lo largo de la costa.

Al salir el sol, los autómatas dejaron el mar y se pusieron en la arena a calentarse, tiempo que aproveché para romperles los espejos a, por lo menos, cincuenta, todos los cuales dejaron de moverse.

Pero, por desgracia, esto no mejoró la situación. Fueron pasto de los otros y, ahora a velocidad pasmosa, empezaron a surgir nuevos ejemplares. Romperles a todos las baterías de silicio era algo superior a mis fuerzas y a las de cualquiera. Y más de una vez recibí una buena descarga, lo cual acabó de desanimarme.

Durante todo ese tiempo, Cookling seguía en el mar. La lucha entre los monstruos se reanudó y recrudesció muy pronto, y parecía que se habían olvidado del ingeniero por completo, así que dejamos aquel campo de Agramante y nos fuimos al otro lado de la isla. Cookling, aterido de frío por las largas horas de inmersión, daba diente con diente; se tumbó y me pidió que lo cubriese con arena caldeada. Lo hice así y luego volví a nuestro primitivo refugio para llevarme la ropa y lo que quedaba de los víveres. Hasta entonces no me había fijado: la tienda estaba destrozada; habían desaparecido las estacas de hierro que la sujetaban a la arena y todos los anillos metálicos para las cuerdas. Bajo la lona di con nuestras ropas, en las que la desaparición de ganchos, botones y hebillas de metal, así como las quemaduras de la tela, daban cuenta también del trabajo de los cangrejos.

En tanto, la gran batalla se había trasladado de la orilla al interior y, cuando volví a la meseta, vi que casi en el centro de la isla, entre los matojos, se levantaban unos cuantos monstruos casi de la altura de un hombre, patas contra pinzas. Por parejas, se separaban en dirección opuesta y luego se embestían sañudamente, entre sonoros golpes y chispazos. Los que caían eran inmediatamente destrozados.

Pero yo ya estaba harto de aquellos dantescos cuadros entre las locas máquinas, de modo que, cargando cuanto había logrado recoger, caminé lentamente hacia donde estaba Cookling. Me quemaba un sol cruento y, por el camino, me metí varias veces en el agua.

Ya me acercaba a la duna de arena bajo la que Cookling dormía agotado después de su inmersión nocturna, cuando del lado de la meseta vi surgir de entre los arbustos un cangrejo increíble.

Era más alto que yo y, con sus patas altas y macizas, se

desplazaba a irregulares brincos, encorvando el cuerpo muy raramente. Los tentáculos anteriores, los de trabajo, eran larguísimo y arrastraban por la arena. La boca-taller, excepcionalmente desarrollada, le ocupaba casi la mitad del cuerpo.

El ictiosaurio, como al punto lo bauticé, bajaba torpemente hasta la orilla girando el cuerpo acá y allá, como explorando el terreno. Agité hacia él la desgarrada lona de la tienda, con el gesto de quien ahuyenta a un animal que se le ha interpuesto en el camino, y se mostró del todo indiferente. Continuó su rara marcha cambiante y describió un gran arco hacia la duna donde Cookling dormía.

Si yo hubiera podido imaginar que el monstruo se dirigía contra el ingeniero, habría acudido en seguida en su ayuda. Pero su trayectoria era tan insegura, que en principio creí que se dirigía al mar; sólo cuando tocó el agua con los tentáculos y se volvió de golpe lanzándose hacia Cookling, tiré la carga y corrí hacia allá.

Ya era tarde. Los tentáculos rodearon con fuerza el grueso cuello del hombre y, tirando hacia arriba, lo suspendieron y se lo llevaron a la boca. Cookling, por el aire, agitaba impotente brazos y piernas.

Aunque lo detestaba, no podía permitir que un ser humano muriese en pugna con un bicho de metal. Sin pensarlo un segundo, me así de las altas zancas del cangrejo y tiré de ellas con todas mis fuerzas. Pero era como tratar de derribar un tubo de acero empotrado en el suelo. El monstruo ni se inmutó.

Entonces trepé a pulso a su espalda. Por un momento, mi cara estuvo a la altura de la alterada cara de Cookling. Y, de golpe, lo entendí todo: «¡Los dientes metálicos! ¡Cookling tenía varios dientes de acero!»...

Reuniendo todas mis fuerzas, descargué el puño en el gran espejo parabólico que brillaba al sol. El cangrejo giró sobre sí mismo. La cara azulada de Cookling, con los ojos saltándose de sus órbitas, estaba a la altura de la gran boca-taller. Y en ese momento presencié algo espantoso. Un fuerte chispazo eléctrico saltó a la cara del ingeniero, hacia sus mandíbulas. Sólo un instante después se aflojaban los tentáculos del cangrejo, y el pesado cuerpo del creador del azote metálico caía a tierra sin vida.

Mientras enterraba a Cookling, algunos cangrejos de dimensiones enormes corrían de acá para allá por la isla sin prestarme atención. Envolví al hombre en la lona de la tienda y lo enterré en mitad de la meseta, en un profundo hoyo de arena. Debo decir que no sentí compasión, y que mentalmente abominaba de toda aquella ruin empresa.

Después pasé varios días tumbado en la playa, oteando el horizonte por donde debía aparecer la «Paloma». El tiempo discurría con una lentitud terrible, y el implacable sol parecía posado en mi cerebro mismo. A veces, me arrastraba hasta el agua y sumergía en ella la cabeza retostada, o, para olvidar el hambre y la ardiente sed, procuraba pensar en algo abstracto. Por ejemplo, que, en nuestros tiempos, mucha gente inteligente malgastaba su inteligencia en causar perjuicios a otros. El invento de Cookling, sin ir más lejos, yo estaba seguro de que se podía emplear para fines nobles, como la extracción de metal. Con el perfeccionamiento del mecanismo, éste podía dejar de ser un medio de destrucción.

Una vez cayó sobre mí una vasta sombra circular. Levanté la cabeza trabajosamente y vi que aquello me tapaba el sol: estaba echado entre las patas de un cangrejo de dimensiones inmensas. Se acercó a la orilla y parecía que también miraba el horizonte y esperaba algo.

Luego empecé con las alucinaciones. En mi excitada mente, el cangrejo gigante se transformó en un tanque de agua dulce, suspendido a gran altura y al que yo no podía llegar...

Recobré mis sentidos a bordo de la goleta, y cuando el capitán Gale me preguntó si había que cargar a bordo el enorme y extraño mecanismo que había en la playa, le dije que por el momento no hacía ninguna falta. ■ A. D.